

**S**ERA acaso porque somos negros por lo que el mundo apenas se interesa por nosotros, por la guerra que nos expulsa de nuestro país, por los ochocientos hombres, mujeres y niños de Rhodesia asesinados por los soldados de Ian Smith el pasado agosto en el campamento mozambiqueño donde habían encontrado refugio?

Mientras habla, Daniel Timbuza señala con el dedo por encima de su hombro izquierdo hacia la montaña de Vumba, chorreante de lluvia bajo el cielo cargado. Allí arriba, tras la franja verde oscura de eucaliptos que coronan la cresta dentada, está Rhodesia. Hace diez días, Daniel Timbuza era todavía mecánico en un garaje de Salisbury.

"Yo ganaba 11,5 dólares rhodesianos (algo más de 100 pesetas) por semana, explica, por seis días de trabajo. No es demasiado, pero tampoco podía quejarme. Cuando un negro logra encontrar trabajo en Rhodesia, la vida no le resulta tan dura como en Sudáfrica. Antes del fracaso de la conferencia de Ginebra no había pensado nunca en abandonar Rhodesia. Nunca esperé que el primer ministro Ian Smith aceptase la regla de la mayoría después de todo lo que había venido diciendo y haciendo desde 1965, pero creía que los británicos y los norteamericanos le obligarían a ello.

"Comprendí que me había equivocado cuando le oí decir el 24 de enero por televisión que no quería ningún Gobierno negro en Rhodesia. Muchos de mis amigos de Salisbury se unieron el año pasado a la Zipa (Ejército popular de Zimbabwé). Entonces me di cuenta de que tenían razón y comencé a prepararme para cruzar a Mozambique. El 11 de febrero salí en autobús de Salisbury en dirección a Umfali. Allí tomé un autobús hasta una aldea fronteriza y desde allí hice a pie la última etapa del recorrido. Sabía que la frontera estaba protegida por campos de minas bordeados por un cable eléctrico. Seguí el cable hasta el final, donde ya no había más minas. Y crucé. Después seguí andando hasta que me encontré con una patrulla de soldados mozambiqueños. Ellos me trajeron hasta aquí en Land-Rover hace dos días".

### Las "aldeas de protección"

"Aquí" se refiere a una vieja granja de la región de Manica, en Mozambique, a una veintena de kilómetros de la frontera rhodesiana. El servicio regional de ayuda a los refugiados de Chimoio, capital de la provincia de Manica, ha hecho de esta granja un centro de tránsito. Allí se juntan los rhodesianos nada más cruzar la frontera en espera de ser trasladados en camión al campo de refugiados más cercano. Cuando lo visité el 18 de febrero, había reunidos una treintena de hombres. La mayoría habían atra-

## Rhodesia

# LA GUERRA DEL DESHONOR

RENE BACKMANN

Por millares huyen los rhodesianos del terror blanco.

René Backmann ha ido a ver a esos refugiados miserables en un campamento de Mozambique, hasta donde los persiguen las tropas de Ian Smith.

vesado la frontera hacía una semana. Con sus treinta y dos años, Daniel Timbuza, era el más viejo del grupo. Por esa razón y también porque hablaba inglés sus camaradas le eligieron como portavoz.

La independencia de Angola y Mozambique, hoy democracias populares, ha servido de alicata para los nacionalistas rhodesianos. La oleada de refugiados que huyen de la antigua colonia británica no deja de crecer a medida que la guerrilla, después de haber inflamado las aldeas, se acercaba a las urbes. Hoy los guerrilleros de la Zipa llevan sus ataques y sabotajes hasta las puertas mismas de Bulawayo, la segunda ciudad del país. La zona segura del territorio, reducida ya a sólo un 20 por 100 del suelo rhodesiano, disminuye continuamente. Cada semana, centenares de rhodesianos buscan refugio en Zambia, Mozambique y Botswana. En agosto, el Alto Comisariado para los Refugiados de las Naciones Unidas calculaba el número de refugiados rhodesianos en un 26.000. Según las informaciones que he podido recoger en Maputo y en la misma frontera, parece que el número total de refugiados es actualmente de 50.000: de ellos 30.000, aproximadamente, están en Mozambique y entre 15.000 y 20.000 en Zambia.

No todos se pasan a engrosar las filas de guerrilleros, ni mucho menos. La mayoría son agricultores que cruzaron la frontera para escapar de la guerra, porque se negaban a estar encerrados en las llamadas "aldeas de protección", versión rhodesiana de los "poblados estratégicos" vietnamitas, donde hay concentrados cerca de un millón de negros, o porque temían las operaciones de rastillaje del Ejército rhodesiano. También hay algunos que huyeron sencillamente porque algún pariente suyo se unió a la Zipa y tenían posibles represalias rhodesianas.

El Gobierno de Salisbury no escatima medios para obstaculizar la huida de los refugiados en los que ve otros tantos guerrilleros en potencia. Las minas que siembran los campos próximos a la frontera matan o lisan semanalmente a gran número de refugiados. Pero además Ian Smith utiliza una estrategia de disuasión costosa y brutal, que consiste en extender la seguridad y el miedo al país vecino. Con un triple objetivo: en primer lugar, mostrarles a los refugiados y a todos los que pudieran sentirse un día tentados a imitarles que su doble refugio en territorio mozambiqueño es precario; en segundo lugar, envenenar la situación fronteriza, obligando al Ejército mozambiqueño a intervenir y al Gobierno de Maputo a recurrir a la ayuda militar cubana y soviética, a transformar la guerrilla de liberación en un enfrentamiento local entre el Este y el Oeste, hacer de Rhodesia una avanzadilla de la lucha contra la penetración comunista en África y llegar a una internacionalización del conflicto en la que los dirigentes de Salisbury, lo mismo que los de Pretoria, creen ver su salvación.

Con semejantes intenciones prosiguen incansablemente sus ataques en territorio mozambiqueño los cinco mil soldados rhodesianos, reforzados por tres mil mercenarios británicos, neozelandeses, australianos, sudafricanos, portugueses, americanos y franceses, apoyados por diez mil reservistas y ocho mil policiaos. "Actualmente, me declaro a mediados de febrero un oficial de la FPLM (Fuerzas Populares de Liberación de Mozambique), los rhodesianos aprovechan las malas condiciones meteorológicas para lanzar por la noche sobre nuestro territorio a unidades de paracaidistas a los que recogen en la siguiente madrugada a base de helicópteros 'Alouette' después de haber colocado explosivos en carreteras, pistas y líneas ferroviarias, y de ha-

ber sembrado de minas los campamentos y las zonas próximas a las aldeas".

Esa guerra intermitente y secreta lanzada por el Ejército rhodesiano sin que los occidentales hayan movido un solo dedo a pesar de sus proclamas, es algo que difícilmente pueden soportar los mozambiqueños. Igualmente ha sido muy mal recibido el silencio europeo en torno a la masacre de Nyazonia. "Complicidad o ignorancia; es igualmente grave", dice un periodista de Maputo, mientras muestra fotos de hombres, mujeres y niños destrozados por los cohetes y las granadas.

El 9 de agosto de 1976, trece vehículos rhodesianos, camiones y coches blindados pintados con los colores del Frelimo y transportando a soldados disfrazados con uniformes mozambiqueños y armados, como las FPLM, de "Kalachnikov" atacaron el campo de refugiados de Nyazonia tras recorrer más de 120 kilómetros por territorio mozambiqueño. Llamaron a la población en inglés y en chona para que se agrupase y abrieron fuego sobre los refugiados. Los vehículos se llevaron por delante cabañas, pasaron por encima de muertos y heridos, de niños y de viejos, y los supervivientes fueron arrojados al río. Cuando se marcharon los rhodesianos después de dos horas de terror, dejaron tras de sí más de 600 cadáveres: los supervivientes huyeron, espantados. Algunos no regresaron: muertos de miedo y de fatiga, enloquecidos, se perdieron en la selva. Al día siguiente, los periódicos de Salisbury hablaron de un "ataque al estilo israelí" y anunciaron que las fuerzas de seguridad rhodesianas habían atacado una base de guerrilleros y habían conseguido eliminar a más de 300 "terroristas".

Once días más tarde llegaba a la sede ginebrina del Alto Comisariado para los Refugiados de la ONU un informe de su delegado en Mozambique, el uruguayo Ugo Edoyaga. "No existe duda —escribió este último— de que el campamento asaltado por las fuerzas rhodesianas era el de refugiados de Nyazonia", y describía lo que había visto en Nyazonia: diez fosas comunes llenas de cuerpos calcinados (675, según el funcionario).

He visto personalmente a los supervivientes de Nyazonia e interrogado a varias decenas de esos hombres. Hoy están reunidos en otro campo, en Dol Roi, en la provincia de Manica, a unos 50 kilómetros de la capital provincial, Chimoio. Jamás olvidarán lo de Nyazonia. Algunos se echan a temblar presas del pánico en cuanto oyen el ruido de un motor. Otros se niegan a dormir en las cabañas, aunque esté lloviendo, para poder huir más rápido si se presenta el peligro. La mayoría de los padres no quieren separarse de sus hijos durante las horas de escuela para estar a su lado si vuelven los rhodesianos. Los adolescentes sufren auténticas en-



fermedades como consecuencia del terror, enfermedades que se manifiestan por una parálisis de las piernas, por un hipo crónico o por convulsiones. Quienes sufren esa enfermedad para la que no existe remedio son reagrupados en un sector del campo. "Todo lo que podemos hacer —dice Rodgers, uno de los enfermeros voluntarios— es administrarles sedantes. Pero ya no nos quedan".

Visitó el campamento los días 19 y 20 de febrero. Era la primera vez que el Gobierno mozambiqueño autorizaba a los periodistas a entrar allí. Durante dos días pudimos circular libremente y hablar con los ocupantes. Cuando llegamos, vivían allí cerca de 11.000 refugiados. Más de 160 ingresaron durante los dos días que pasamos en el campamento. Instalado al borde de un riachuelo, el Msato, en un amplio calvero en forma de anfiteatro, el campo de Doi Roi se compone de un millar de pequeñas cabañas-dormitorio de madera y barro recubiertas de paja seca, en cada una de las cuales viven en montón entre diez y quince personas, y unas cuarenta cabañas comunes para el almacenamiento de víveres, clases escolares, atenciones médicas elementales, administración rudimentaria y reuniones.

Organizados en batallones de 1.200 personas y en compañías de aproximadamente 80 individuos, los refugiados (distribuidos en tres grupos: solteros, solteras, familias) han elegido un miniparlamento de cuarenta miembros que se reúne de dos a tres veces por semana.

El presidente de ese parlamento que organiza la vida del campo y resuelve eventuales conflictos es un técnico de treinta y dos años, oriundo del distrito de Galukua, Jo-

seph Chimurenga. Alcalde, intendente y juez, confidente y entretenedor, todo a un tiempo, Joseph Chimurenga se ocupa personalmente de cuanto ocurre en el campo: del almacén corre a la enfermería, cantando en chona, dando órdenes en inglés, organizando turnos de 300 personas que deben, por rotación y durante las veinticuatro horas del día, hervir en barriles de gasolina con fuego de leña, al aire libre, la papilla de **porridge** y de agua que constituye el único alimento de los refugiados.

### "Vuestras armas, europeos"

"Nos falta de todo —dice—, nos quedan algunas toneladas de **porridge**, es decir, alimento racionado para algunos días: tres sacos de azúcar, menos de cien kilos de pescado seco, es todo. No nos queda leche desde finales de diciembre, y las mujeres se buscan en el bosque pequeños insectos con que alimentar a los niños de pecho incapaces de tragarse los grumos del **porridge**. No tenemos sal, ni tinas de esmalte suficientes para distribuir los alimentos; tampoco tenemos platos, ni cacerolas, ni azadas con que trabajar la tierra. No tenemos siquiera clavos ni planchas para hacer féretros, y hay que tener en cuenta que han muerto 150 personas desde comienzos de octubre".

No hay un solo médico en el campo y sólo un equipo de enfermeros benevolentes, agotados, impotentes frente a los parásitos, los envenenamientos, las mordeduras de serpientes, las carencias de todo tipo, los partos difíciles. En el rincón dedicado a farmacia de una de las cabañas-hospital, equipadas

con camas metálicas, no quedan más de sesenta kilos de medicamentos básicos. El enfermero Rodgers me entregó una lista de fármacos y material urgente. La lista ocupa una página entera de bloc, e incluye desde jeringas hasta insecticidas, desde penicilina hasta alcohol de 90°...

"Ningún representante de organización internacional ha venido a visitarnos desde que se abrió el campo en octubre —dice Joseph Chimurenga—; todo lo que recibimos nos lo traen en camiones los funcionarios del Gobierno mozambiqueño o soldados de las FPLM. Un destacamento de estas fuerzas se encarga también de proteger el campo. Los soldados están instalados en un campamento particular, a 600 ó 700 metros de la entrada de nuestro recinto. Son en total dieciocho y llevan baterías antiáreas y armas colectivas e individuales. Nos gustaría que el Gobierno mozambiqueño autorizase a visitar el campo a algún portavoz de la Zipa. En primer lugar, porque algunos de los refugiados quisieran ir a los campos de entrenamiento para aprender a luchar; en segundo lugar, porque muchos de ellos tienen padres o hijos en la Zipa, y les gustaría saber cómo les va a los muchachos".

"Cuando vayan ustedes a Maputo, díganle al Gobierno que dejen venir a los muchachos, para que podamos hablar con ellos y para que nos den noticias", nos pidieron algunas madres durante una asamblea. "Sabemos desde lo de Nyazonia que no estamos seguros en ninguna parte, y que no lo estaremos hasta el día en que gracias a la lucha de los guerrilleros podamos volver a nuestras casas libremente. Las gentes de aquí no tienen nada; lo han perdido todo. Hay padres que perdieron a sus hijos en los campos de minas, e hijos que perdieron a sus padres. Muchos están dispuestos a presentarse voluntarios para combatir".

Las jornadas en el campo se dedican a vagabundeos en medio del olor agrio e intenso del **porridge** fermentado que se mezcla con el barro y el agua estancada, entre gritos de enfermos que se arrastran por el suelo, presos de convulsiones, y el zumbido denso y constante de miles de conversaciones simultáneas bajo las frondas de los árboles. Transcurren, además, las jornadas en medio del miedo a la disentería y a la fiebre, y a ver aparecer un día esos devastadores parásitos que roen hasta el mismo hueso los **tooths** de los niños y contra los que nada puede la misma penicilina.

"No tenemos nada —dice Joseph Chimurenga—, nuestros niños comen insectos para no morir de hambre. Ian Smith dice que somos terroristas, y cuando se nos asesina con las armas que les venden los europeos, ustedes ni siquiera se inmutan, porque, al fin y al cabo, se trata de negros...". ■ (Copyright "Le Nouvel Observateur".)

LIBROS  
DE MONTE  
AVILA

Acaba de aparecer:

### Elvira Orphée LA ULTIMA CONQUISTA DE EL ANGEL



La gran novelista argentina aborda en este libro uno de los temas más actuales y desgarradores: la tortura.

Novedad

### Mario Soares PORTUGAL UNA REVOLUCION AMENAZADA



(Conversaciones con Dominique Pauchin)  
Un detallado análisis de las realizaciones e incertidumbres de los dos primeros años de la revolución portuguesa.

Distribución:  
MADRID:  
Cauce de Ediciones  
Hierbabuena, 35 / Tel. 270 59 30  
BARCELONA:  
Distribuciones Prólogo  
Mascaró, 35 / Tel. 256 20 00  
MONTE AVILA EDITORES  
Mallorca, 79 / Tel. 325 16 54  
BARCELONA - 15



Tropas rhodesianas participan en una acción antiguerrilla en la frontera con Zambia.